

salia, esa tierra querida de Apolo, centelleante de alegría, que guardaba en cada una de sus flores una idea poética, se habia consumido y era un monton de cenizas; Atenas, la diosa de la humanidad, la eterna artista de la historia, yacia en el lodazal de lágrimas y sangre que habian amasado á sus piés las crueldades de Sila, y sólo se curaba de interpretar y leer el pensamiento del Oriente, abandonada de su númen y de su genio; la Mesia, cuyas armas habian sido tan poderosas, yacia sin fuerza y sin valor, muerta sobre su escudo como sus hijos cuando caian en los combates; la antigua Cytheres era un peñasco solitario; las Cycladas, las hermosas islas que habian dado inspiracion á tantos poetas, pensamientos á tantos filósofos, aquellas islas que en medio de los mares levantaban templos, que eran la esperanza de los navegantes, se habian convertido en nidos de piratas; la encina sagrada de Dodona ya no veia aparecer bajo sus ramas á la inspirada sacerdotisa á buscar con ávidos ojos la media luna perdida como una nubecilla en el celeste éther; el consejo de los Anfictiones no se reunia á confundir las ideas y los corazones de todos los pueblos griegos; el Júpiter Olímpico de Fidias, el Júpiter de marfil y oro, con su hermosura celeste, con su frente inspirada que se perdía en las nubes, solitario y abandonado yacia en la Elida, como decrepito anciano, viviendo con las limosnas de un descen-

diente del Dios de los judíos, su eterno enemigo; la poesia de la naturaleza espiraba, y Grecia entera arrancaba á sus aras el fuego de la inspiracion, de la vida, é inundaba con sus reflejos la frente de otros pueblos, quedándose abandonada, moribunda, lanzando aun al morir un gemido que era como el último eco de sus divinos cánticos.

A pesar de esta gran decadencia de Grecia, todas las almas que en el mundo amaban la hermosura, convenian que Grecia era la eterna patria del genio, la eterna musa del arte. Reclinada sobre sus ruinas, aun conservaba con amor los últimos destellos del paganismo. Esclava, aun sentia errar por sus olvidados valles y sus ruinosas ciudades el grito santo de libertad, tan propio de Grecia como los símbolos de sus dioses homéricos. Unida á Roma, amarrada á su carro de triunfo, su pensamiento era aun el pensamiento de los filósofos romanos; su habla las delicias de los señores del mundo; su Parnaso la inspiracion de los poetas; sus artes el eterno ideal del genio, el modelo donde se miraban todas las inteligencias. Las almas religiosas que aun quedaban en el seno del paganismo, iban á visitar los templos de Delfos como la cuna de su religion, como el altar más grato á sus dioses. Y sobre todo, los artistas sentian que en Grecia estaba la miel de la inspiracion guardada en aquella flor que no habian completamente deshojado los huracanes de la guerra.

Ciceron ensayaba al compás de las ondas del Pireo sus rotundos y armoniosos períodos; porque aquellas ondas habian sido la eterna música de los oradores; Virgilio se asentaba en los profundos valles de Colonna ó en las altas cimas del Himeto, porque allí estaba escondida su musa, la musa de la naturaleza; Horacio en el polvo de las escuelas buscaba vida para su genio, porque allí se escondian aún las centellas perdidas del pensamiento humano. Así en las bibliotecas de Roma, en sus calles, en sus paseos, en la puerta Capenna, en la via Apia, se oia en tiempos del Imperio hablar el griego como si Roma estuviese habitada por atenienses. El delirio por Grecia destruida, por Grecia agotada, habia llegado á su colmo. Sentíase hácia la Pitonisa de la historia antigua esa mezcla de amor y pena que sentimos delante de un bajo relieve roto, de una estatua bárbaramente mutilada. La pena de la destruccion de Grecia aumentaba el amor á Grecia. Mecenas parecia un griego; Augusto se habia educado en sus escuelas; Tiberio amaba á Grecia y se gozaba en contemplar sus ruinas; Claudio llamaba al griego y al latin nuestras dos lenguas, y no habia en Roma entre la aristocracia del génio y de la cuna quien no fuese más de una vez en su vida como peregrinando á la hermosa Atenas. Pero sobre todos, el que amó á Grecia fué Neron. El amor de Neron á Grecia era como el amor de Neron al ar-

te, desenfrenado, infinito. Vestido con la túnica griega, envuelto en el palio de púrpura, calzado el coturno de los héroes y los dioses, ceñido el cabello como las antiguas estatuas de Praxiteles y de Fidias, luciendo su rostro hermoso como el rostro de Apolo embellecido por la inspiracion y por la corona de laurel, de pié sobre su carro tirado por blancos y briosos caballos de Thesalia, con las riendas de cintas arrojadas al viento, seguido de un ejército que en vez de armas llevaba cítaras, flautas y liras, saludado por los coros de las vírgenes que repetian los antiguos versos heroicos de Sófocles y Esquilo, pisando flores del Pindo, coronas de laurel y oro, hablando el antiguo lenguaje de los poetas y de los dioses; Neron revivia en Grecia, y en los templos era un sacerdote, y en la plaza pública un tribuno que arrancaba á la tiranía de Roma las ciudades aqueas y les daba independencia y libertad, y en el teatro un farsante, un cantor, y en los juegos olímpicos y pithios el más hábil en manejar el carro, y en los campos un antiguo poeta de la Arcadia, y en las orillas del mar un navegante griego, y delante de toda la Península griega un Alejandro, pues hasta hirió con azadon de oro el istmo de Corinto para romperlo y mezclar las aguas del mar Egeo con el mar de la Jonia: que en su amor al arte creia que abrazándose á Grecia, suspendiéndose con un beso de amor infinito á sus labios, perdiéndose en su

seno, Grecia le habia de infundir su genio, le habia de regalar la inspiracion de sus antiguos poetas.

¡Qué fantasía la de Neron tan exaltada! ¡Él tirano del mundo, dió libertad á las ciudades aqueas. En su imaginacion se creia un tribuno de la antigua Grecia, un habitante de sus ciudades. Para que el pueblo romano jamás pudiera dolerse de esta emancipacion de una de sus esclavas le dió en cambio otras regiones. Durante los tiempos de Galba, de Othon, de Vitelio, Grecia gozó de libertad, que duró hasta los tiempos de Vespasiano. Sin embargo, Grecia no pudo reponerse de su abatimiento y de su triste decadencia. Solo Corintio, destruida por los romanos, reedificada por el pensamiento humanitario de César, alzada entre el mar Jónico y el mar Egeo que la arrullaban con sus ondas, rival de Alejandría, lazo de union tambien fortísimo entre Europa y Asia, por su comercio, por los navegantes que llegaban á sus puertos, por su magnífica situacion en el Mediterráneo; desafiaba el destino de Grecia, y guardaba un reflejo de aquella vida gloriosa que huia de su patria, perdiéndose, como la estela que se desvanece sobre las ondas, en el seno de los antiguos tiempos.

Y la decadencia de Grecia alcanzaba en esta época á sus antiguas colonias, á la hermosa Sicilia, llamada la Gran Grecia. Ciceron nos la pinta

en su tiempo rica, floreciente y hermosísima. Teócrito, en su paleta inspirada, llena de colores y de matices, nos describia esta isla con sus volcanes, con sus campos dorados por el sol, con los verdes reflejos de sus oscuras ondas, con sus pastores y sus navegantes. Esta region preciosísima habia sido el refugio de los expatriados de Grecia, el asilo de poetas y artistas, que desde sus riberas creian ver á lo lejos entre los matices del horizonte la imágen querida de su patria. Y sin embargo, esta isla tan hermosa, faro del Mediterráneo, númen de Virgilio y de Teócrito, templo de divinidades campestres, en este primer siglo que hemos examinado se encontraba arruinada y desierta. Las guerras cartaginesas habian talado las riberas que miraban al Africa; las guerras romanas habian talado las riberas que miraban á Italia; las guerras serviles habian talado el centro de la hermosa Sicilia. Solo quedaban en pié Agrigento, aquella colonia fatal á los cartagineses; Siracusa, que habia quedado reducida á triste abandono; Messina, arruinada por las legiones de Sexto Pompeyo, y algunas otras ciudades todas abatidas y destrozadas. Los romanos esterilizaban este país, le pedian más de lo que podia dar y habian agotado completamente su vida. Pero esta isla tan hermosa, aun en su tristísimo abatimiento y pos-tracion, hablaba á la imaginacion con muda elocuencia, porque sus campos y sus ciudades ha-

bian sido el templo de grandes ideas; la inspiración de inmortales poetas; la trípode, desde donde el genio de Grecia enviaba sus dulces rayos á Roma. Entre las islas griegas, más al Oriente, se alzaba la preciosísima isla de Creta. En la historia del pensamiento humano Creta cumplía un destino maravilloso, ejercía un ministerio sublime. Allí, en aquella tierra de bendición, las ideas orientales se templaban para pasar á Grecia y continuar así la historia de la vida de la humanidad. La isla de Creta es en la historia universal como el anillo nupcial de Grecia y el Oriente, como el eslabon de estas dos regiones, como el instante misterioso que unia unos tiempos con otros tiempos, unas civilizaciones con otras civilizaciones. Allí los dogmas mitológicos venidos del Asia perdieron su larva, y se levantaron en alas de la inspiración á una nueva vida. Sin Creta las ideas venidas del Oriente, como esas semillas llevadas por las alas del aire, hubieran ahogado á Grecia, ó tal vez Grecia hubiera devorado esas ideas. Creta templaba un poco la antítesis radical del Oriente y la Grecia. Así, trasformando las ideas orientales, las daba á Grecia. Los dioses del Asia, piedras informes, troncos de árboles, cabezas de carnero, columnas destrozadas, allí en Creta perdían su dura corteza y se levantaban á tomar la forma humana, para que despues Grecia los ciñera la corona de su inspiración y los inundara con los resplandores de su

misteriosa hermosura. Mas en la época que nosotros describimos, Creta habia acabado su destino. Ya no tenia ninguna idea que comunicar á Grecia, ya nada podia enseñar al mundo. Y como los pueblos que cumplen su destino desaparecen, Creta desaparecia entre las ondas de los mares como la poetisa Safo. Aquella isla tan rica en naves al comenzar el Imperio, no tenia una nave. La guerra de los piratas la habia destrozado, como la guerra de Sila destrozó la Atica, y la guerra de César la Thesalia y la guerra servil la Sicilia. Su espacio, que Aristóteles señalaba como el más hermoso para fundar un gran imperio, era como un solitario peñasco donde anidaban las aves marinas. El pueblo más marítimo de la antigua Grecia no tenia un navío, y este mismo destino cabia á casi todas las islas y colonias, excepto á Byzancio, que presentia ya que en la Edad media habia de cumplir para el mundo moderno el mismo maravilloso ministerio que Creta habia cumplido para el mundo antiguo; porque siempre que la humanidad siente el anhelo de una nueva idea necesaria para su progreso, Dios entrega á un pueblo la copa de la vida y la llave misteriosa del destino.

Entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, como rechazando las olas del Egeo, se extendia el Asia Menor, que merece tambien toda nuestra atención y estudio. El Haliso, que era el rio prin-

cipal de esta region, separaba dos grandes razas; al Occidente los pueblos de raza indo-europea; al Oriente pueblos de raza siro-arábica, de raza semítica. Entre estas dos razas extremas habia una raza intermediaria, los frigios, en cuya lengua se ven caracteres semíticos é indo-europeos. El pueblo frigio habia sido como un profeta de la civilizacion griega. Sus artes fueron el presentimiento de las artes griegas. La flauta, instrumento tan general en las fiestas clásicas, habia sido invencion de este pueblo. En sus campiñas encontró Apolo un rival más músico aun, segun los frigios, que el que ordenaba los conciertos de las esferas y las armonías de los mundos. Allí nació el culto de Cibeles, la madre-tierra, que despues habia de espiritualizar la Grecia. Sus sacerdotes tenian algo del carácter cenobítico del Oriente, y se consagraban á la castidad y al culto, dándose á fiestas, en que el misticismo antiguo vagaba en incesante delirio. Y sin embargo, este pueblo, como los Licios sus compañeros y hermanos, habia caido en tal abyeccion y abatimiento, que solo servia para dar esclavos á la tierra, mostrando así cuán infelices son los pueblos que agotan su libertad, verdadera fuente de su vida. Estos pueblos sintieron profundísimo y amargo dolor, cuando los romanos en su carrera triunfal llegaron á sus puertas, y les arrancaron la piedra sagrada de Pesinunto, ennegrecida por las sombras

de los pasados tiempos, eterna compañera de sus alegrías y de sus dolores. Pero lo más hermoso del Asia Menor eran las colonias griegas, donde el espíritu helénico habia derramado su purísima é incorruptible sávia. Allí estaban las ruinas de la antigua Ilion, cuna de los romanos; allí el primer altar donde ardia libre el fuego del pensamiento humano; allí Lesbos, que oyó cantar á la mas apasionada poetisa del mundo; allí Rodas, que era como una gran escuela; allí Pérgamo, tan rica en artes que tomaba las armas por defender sus museos cuando no las habia tomado por defender sus leyes; allí Homero habia sentido el calor de la inspiracion divina, habia derramado sus primeros cánticos, habia pulsado aquella lira que han querido pulsar todas las naciones y han escuchado todos los siglos; allí, en fin, habia nacido aquella raza jónica, madre de Atenas, depositaria de la libertad antigua, cuya alma creadora, compartida entre el arte y la ciencia, habia sido como un reflejo del cielo. ¡Qué tierra aquella tan hermosa! Sus montañas se pierden orgullosas en el cielo, tomando todos sus matices; bosques poblados de los más hermosos árboles del Asia, de cedros olorosos, de palmeras, cubren sus campos; rios caudalosos y claros despeñándose por sus riscos reflejan el claro horizonte centelleante de alegría, sus valles abiertos en los desfiladeros están poblados de mariposas, de abejas, de ruiseño-

res, y toda aquella hermosa tierra, en una palabra, es como el cuadro de la primera emancipación del hombre, es como el lecho donde el espíritu celebra sus nupcias con la naturaleza. Y esta raza jónica, tan alegre, tan ligera, tan inspirada, tan artista, á pesar de las grandes catástrofes del mundo, si no conserva al principiar la era cristiana su antiguo pensamiento, conserva su vida, su riqueza, su comercio, hasta su libertad, pues bajo la tutela romana, bajo el dominio de la señora de las gentes, guarda sus antiguas leyes, el sentimiento de igualdad tan arraigado en su corazón, su organización democrática, sus grandes ligas, sus asambleas, sus fiestas en los templos, que eran su vida, porque en ellas se dilataba su alma. El pueblo romano conquistó fácilmente estas regiones. Un paseo militar bastó para someterlas; un cónsul y unos lictores bastaba para conservarlas. Roma, sin embargo, imponía contribuciones tan crecidas, que aquellos países tan ricos casi se vieron exhaustos. Roma dividió en tres provincias aquella región; el Asia propiamente dicha, la Cilicia y Bithinia. El mundo romano llevó allí su gobierno, sus armas, sus ejércitos; pero no pudo grabar en este pueblo tan original su grande y poderosa idea, que era el alma de la humanidad, el destino del mundo.

Entre el mar de Chipre y el Efrautes, en las grandes ramificaciones del Tauro y del Líbano,

en valles dichosos, se extendía el antiguo Imperio sirio, cuna de infinitos pueblos, espacio de antiquísimos imperios, templo donde guardó por mucho tiempo la humanidad sus destinos, puerta filigranada de ese primitivo Eden, en que corrió pura nuestra inocencia, del misterioso Oriente; semillero de razas, que dirigiéndose ya al Asia, ya á Europa, influyeron maravillosamente en la historia de la humanidad, que ve aparecer y desaparecer los pueblos como las alteradas olas en la superficie de los mares. En aquel riquísimo país se contaban ciudades como Antioquía, Seléucis, Heliópolis, que el mundo recordará siempre como depositarias un día de su conciencia religiosa y de sus más caros dogmas. ¡Cuántas veces los profetas bíblicos, al pulsar su arpa cortada de los cedros del Líbano, recuerdan que su imaginación como una mariposa se ha bañado en los dulces aromas de la Siria! Los últimos días de este imperio, fueren días de luto, que lo prepararon para la servidumbre romana. Rota en mil pedazos su corona, repartido su manto de púrpura entre infinitas familias de reyes, arrojadas al viento las cenizas de sus más populosas ciudades, bañadas en sangre sus campiñas, habitando la guerra hasta el secreto santuario del hogar doméstico, destrozadas las aras de sus antiguos dioses, apagado el fuego de sus sacrificios, cortado en mil pedazos su imperio, pedazos que se movían como

los anillos esparcidos de una inmensa serpiente; martirizada en su agonía por las irrupciones continuas de los árabes y de los parthos, que talaban sus campos, destruían sus ciudades y violaban sus mujeres; el Imperio sirio se hallaba en uno de esos momentos en que la esclavitud es hasta un refugio. En efecto, Roma recogió en su carro triunfal aquella esclava, herida y moribunda, abandonada en un lodazal, manchada de sangre.

Los primeros días de la dominación romana fueron días de luto y desorden. Los pretores, por su propio lucro, atizaban el fuego devorador de la discordia; los parthos y los árabes descendían á arrancar sus últimas perlas y sus girones de púrpura á la hermosa Siria. Era en vano querer atajar el paso á estos pueblos feroces. Viviendo en la cima de las cordilleras, saltando de roca en roca como tigres, ocultos en los peñascos y en las cuevas, alimentados con la leche de las camellas salvajes ó con las frutas que pródicamente ofrecía naturaleza, hijos de aquel sol ardiente y fecundo, descendían de sus montañas, se lanzaban sobre los pueblos, los devoraban y volvían á perderse en sus bosques inexplorados, en sus nieves eternas, en los cráteres de sus volcanes, en sus cavernas; como el águila que despues de haber agarrado su presa, se pierde lanzando agudos gritos en la inmensidad de la atmósfera. Pero despues que César y Augusto domearon aquellas

tribus y les pusieron una valla, Siria creció como esos árboles que crecen con el limo que las tempestades y las inundaciones depositan en su tronco y en sus raíces.

No eran solamente países sujetos á Roma los que Roma dominaba con su absoluto dominio, tenía tambien pueblos regidos por reyes independientes, aunque celados por su soberana autoridad. Entre estos se cuenta el antiguo país de los tracios. Este pueblo era bárbaro. Sus habitantes se pintaban el cuerpo á usanza salvaje, vendían en mercado público sus hijos, compraban sus mujeres, vivían del robo ó de la guerra, se aposentaban en chozas, tenían divinidades bárbaras que se abrevaban en sangre, ofrecían víctimas humanas en el ara de los sacrificios y levantaban sus templos en las grutas de las montañas, en la espesura de los bosques. Roma miró un día con menosprecio estas tribus salvajes, y les dejó sus leyes y sus jefes, contentándose con ejercer una prudente tutela. Pero Tiberio, queriendo hacer de la Tracia una provincia puramente romana, lleva la división á su seno; levanta al hermano, contra el hermano y logra debilitar y enflaquecer este país. San Gerónimo, por último, nos dice, que en su tiempo fué incorporada la Tracia al universo romano. En la misma situación dejó Roma á Capadocia. Sus reyes estuvieron sometidos al pueblo romano, pero dominaron al pueblo. Estos reyes eran tiráni-

cos. Cuando les faltaba oro, vendian para allegarlo infamemente los hijos de su pueblo. En una ocasion el senado romano prometió libertad á este pueblo, y el pueblo lo rehusó, con escándalo del mundo. Pero ¿qué podia esperarse de un pueblo débil de cuerpo por su miseria, más débil aun de alma por su antigua servidumbre? Habitando un terreno helado en invierno, calurosísimo y volcanizado en verano, terreno salino difícil para la vegetacion, aquel pueblo se habia hecho incapaz del trabajo, que es el gran cincel de la libertad. Así el pueblo rey, que gustaba de la dignidad hasta en sus esclavos, le abandonó á su triste suerte y le miró siempre con menosprecio. Los habitantes de Capadocia pues, arrastraban una vida triste y dificultosa al pié de sus altares. En este ó parecido estado se encontraban todas las regiones vecinas, divididas en tribus, mandadas por diversos reyes, ora de origen jafético, ora de origen semítico; pueblos que son en la historia como los inmensos desiertos arenales en la naturaleza.

En el interior del Asia habia un pueblo, que guardaba en tablas de bronce la idea de la humanidad que estaba por venir. Este pueblo maravilloso habia resistido constantemente toda extraña influencia, todo ageno poder. Ni el látigo de los babilonios pudo hacerle renegar de su idea, ni el beso amoroso de Grecia turbó su pensamiento. De

rodillas, al pié del santuario, alimentando el fuego que ardia sobre el altar, eterno solitario en la historia antigua, en el arca sagrada de su alianza guardaba la idea sublime de la unidad de Dios. Ningun pueblo de la tierra podia apagar la sed de lo infinito que aquejaba á la humanidad como este pueblo hebreo, cuya idea debia extenderse por las conciencias como la idea romana se habia extendido por el espacio. Su Dios guardado en el santuario, era el Dios de lo por venir, el Dios de la historia moderna. ¿Qué podia ofrecer más grande y más hermoso al mundo moderno el sagrado Oriente? El panteismo índico aniquilaba la humanidad; el dualismo persa llevaba una eterna guerra al espíritu. Solo este Dios personal, este Dios absoluto, este Dios único, este Dios-espíritu, este Dios-verdad, podia dominar el mundo que estaba en los limbos de lo por venir. Mas en el instante en que el pueblo hebreo necesitaba abrir su santuario á las gentes, en este mismo instante su antigua constancia le impedia realizar su idea. El verdadero Dios estaba en la sinagoga, pero su sacerdote no podia ser ya el pueblo hebreo. Dios, compadecido del largo martirio de la humanidad, se revelaba con toda su plenitud, con toda su verdad á las naciones, y el pueblo hebreo, con su egoismo, ahogaba esta revelacion porque anhelaba sostener su privilegio privativo del sacerdocio. Y el Dios de la verdad habia venido para romper



la frente del privilegio. Así vereis, señores, que cuando un pueblo se opone al progreso, ese pueblo muere y desaparece de la faz de la tierra. El pueblo hebreo se interponía entre el santuario del verdadero Dios y el corazón de la humanidad, y por eso la humanidad personificada en Roma debía arrancarle al pie del santuario. El templo antiguo donde se encerraba este Dios de una raza, que pasaba á ser el Dios de la humanidad, fué destruido, para que la luz que guardaba en sus espesos seculares muros alumbrase toda la tierra. Roma hizo su tributario al pueblo judío. Pero un día, este pueblo se levantó contra la señora de las gentes. Entonces habia cumplido ya su destino. Dios se habia hecho hombre, y habia depositado su revelacion eterna en la mente de otras razas, en el corazón de otros pueblos. El culto antiguo, los antiguos símbolos habian caido en el polvo, dejando paso á la realidad de la idea y de la vida. Entonces la mano de Tito aplicó á Jerusalem fuego, y ardió la ciudad, y se desvaneció el templo como una nube de humo. Diez y ocho siglos han pasado despues de esta gran catástrofe de ese pueblo, y todavía cuando leemos á Josefo lloramos tantos horrores; Jerusalem desgarrada por sus propias manos; las perlas de su corona quebradas por las lanzas de sus propios hijos; la peste pesando como la atmósfera de un sepulcro sobre su recinto; las calles cubiertas de cadáveres; el ham-

bre reinando fria como la muerte; sus vírgenes violadas; sus hijuelos comidos por los soldados; su templo, el templo que era su eterno refugio, demolido, quemado, y las piedras del santuario arrojadas en el lodo y la inmundicia. Apartemos nuestros ojos de este pueblo, recordando siempre que su idea ha sido como la raiz de nuestra religion, como el principio de nuestra vida.

Entre los pueblos antiguos ocupa un lugar importantísimo el Egipto. Por mucho tiempo la humanidad creyó que Egipto guardaba el depósito de la ciencia, creyó que su misteriosa Isis llevaba envuelta entre los pliegues de su blanco velo el alma de la naturaleza. Allí, á su templo, al pié de sus altares, iba la ciencia libre y espontánea de Grecia á recibir el sello de su origen divino, por ese anhelo que tiene el alma de ligar con lo infinito sus ideas. Sus sacerdotes guardaban una ciencia, que en el desarrollo dialéctico de la idea humana, era como un término medio entre Grecia y el Oriente. ¡Cuántas veces el sacerdote griego se llevaba la mirra egipcia á su templo para quemarla como una ofrenda gratísima á sus dioses, porque les recordaba el aroma misterioso de su patria! Así Egipto fué mirado por mucho tiempo con respeto en Roma; con ese respeto con que Roma trataba todos los oráculos y todos los dioses. Primero las armas romanas se declararon tutoras de Egipto. Pero un día, en ese

gran poema de la historia, el genio de Oriente dejó caer toda su vigorosa vida como un filtro en el pecho de una mujer extraordinaria. Esta mujer era como una Sibila del desierto. Sus ojos centelleaban el fuego del sol africano, sus ideas eran como serpientes ocultas entre flores, su alma tenia toda la vida de aquella colosal naturaleza. Conociendo que no podia vencer á Roma por la fuerza, trató de vencerla por halagos. Fijó sus ojos en los capitanes de los ejércitos romanos, los atrajo á sus brazos, derramó con sus labios ardorosos el fuego de Oriente en sus mismos señores, los embriagó, y viéndolos vencidos por sus encantos, creyó que en un inmenso festin podria tambien fascinar y vencer á Roma. Esta mujer extraordinaria era el último destello del alma de Egipto. Pudo seducir el entusiasmo de un soldado, pero no pudo seducir la fria astucia de un emperador. Roma comprendió que aquella mujer al ofrecerle en la copa de sus festines el hirviente vino, le ofrecia mezclado en el vino un veneno. La señora de las gentes temia á sus esclavos, y á pesar de su confianza ciega en la eternidad se libertaba de sus asechanzas. El pensamiento de la reina egipcia fué conocido; se vió el puñal agudísimo que guardaba entre flores. Entonces, descubierto su secreto, esta mujer se fué al sepulcro de sus padres, se vistió con todas sus galas y joyas como para celebrar sus nupcias con la naturaleza, be-

bió el cáliz de la muerte, y enterró consigo en su hondo sarcófago el pensamiento del Egipto. Era, pues, en vano, pensar resucitar ya aquel pueblo. Habia cumplido su destino, habia educado á los hebreos y á los griegos; habia hecho de tribus nómadas grandes pueblos; habia descifrado los símbolos y geroglíficos orientales; habia sostenido en sus manos la cadena de los hechos, que liga unos pueblos con otros pueblos; habia levantado del fondo de las piedras dormidas del Asia la esfinge y la columna, como una idealizacion de la materia; habia hecho el primer esfuerzo para unir el Oriente con el Occidente; habia dulcificado la antigua casta; habia querido hacer de su religion una ciencia positiva de la naturaleza; habia en fin agotado toda su vida, cumplido y realizado todo su pensamiento; y por eso sus templos, depósitos de tantos dogmas, escuelas de tantas razas, santuario de la naturaleza, faltos de la idea, que es el alma de una civilizacion, yacian abandonados, solitarios, amenazados de caer envueltos entre las arenas del desierto, señalando una revolucion ya extinguida del espíritu como los fósiles en las entrañas de la tierra testifican las grandes revoluciones de la naturaleza. En los tiempos que vamos historiando, aquella ciencia que habia oido con tanto respeto Herodoto, que habia interpretado con tanto entusiasmo Platon, se quedaba reducida al símbolo. Así, cuando al